

España son el desprendimiento, la abnegación de sí, santidad, religiosidad y elevación por las moradas del espíritu, caracteres que resplandecen en su unidad y en los varones representativos de nuestra Patria.

Patria de la caballeridad, que no se arrimó jamás al sol que más calienta, sino que transfundió su sangre, y con ella su vigor intelectual y su energía, a la Roma imperial, anémica ya y decrepita; paladín del catolicismo al ser éste combatido por la Seudorreforma; tierra tan esencialmente religiosa que la llamada del suelo es en ella llamada de la Fe, porque su suelo es empapado de sangre de mártires y de cruzados, y séase godo, séase árabe, séase judío, el día en que se comulga sinceramente en la misma Fe, ya el descendiente de invasores o de inmigrados adquirió carta de nacionalidad; Patria de Fe, en la cual tienen «substancia» las cosas que se esperan, y por ello, la insensibilidad ante el dolor en las formas aristocráticas de nuestros grandes estoicos, como en las bajunas de nuestros pícaros: substancialidad de la esperanza, que llevó al amor de lo maravilloso y de la aventura, que si a trechos ha sido ocasión de descalabros, fué, es y será causa de tantas glorias que, al evocarlas, preferimos ver a nuestra Patria con tamañas descalabraduras que sin aquel patrimonio de gloria cuantos jamás querríamos que se funda la espada del heroísmo español, para del metal fundido hacer un manojo de llaves para la guarda de la despensa; Patria sacrificio, Patria madre, que estrujó su corazón y sus entrañas pariendo naciones tras naciones, mientras luchaba con los más fuertes Estados para detener el paso y hacer retroceder el protestantismo; allende

